

De nuevas y viejas fronteras

(Crónica de viaje)

Por Juan GARCÍA PONCE

Dibujos de José Luis CUEVAS *

Nunca he podido narrar nada sin sentir que existe una cierta distancia entre los sucesos que intento recoger y mis sentimientos hacia ellos. Por esto, no sé si en esta ocasión lograré transmitir mis impresiones y, sobre todo, si éstas serán las que realmente pueden tener algún interés más allá de la mera experiencia personal. La serie de acontecimientos que me propongo contar están demasiado cerca y, además, culminaron con una experiencia excepcional y que tiene ese carácter inesperado que aumenta las dificultades de interpretación. Vaya, pues, como única justificación para estas notas apresuradas la importancia intrínseca del suceso que transformó la que podría ser una mera experiencia intelectual, resultante de la participación en un simposio interamericano de artistas e intelectuales, en otra cosa más vital y, quizás por esto, más difícil de comunicar: la sensación de haber vivido, casi desde adentro, un momento que tiene ya significado histórico, que se ha inscrito en la historia en el instante mismo de ocurrir, y que además tiene un carácter íntimo y personal.

Nos tocó, a unos cuantos escritores, pintores, economistas, entre los participantes del simposio, recibir la noticia del asesinato del presidente Kennedy menos de cuarenta y ocho horas después de haber tenido la oportunidad de conocerlo personalmente y hablar con él durante casi una hora. Estamos en Washington todavía. Juan José Gurrola, el pintor chileno Nemesio Antúnez y Tom Head, del *Inter American Committee*, la fundación particular que organizó el simposio, nos pasamos la mañana en la NBC, invitados por Tom Yates, otro de los participantes, a ver unas películas de arte que él había filmado y transmitido en su programa de televisión. Ahora sé que cuando dejamos la NBC el suceso había ocurrido ya en Dallas; pero nosotros no tuvimos conocimiento de él hasta que nos bajamos del taxi, en la puerta de nuestro hotel, y otro de

los participantes del simposio, el argentino Rodríguez Larreta, se precipitó sobre nosotros para decirnos:

—¡Asesinaron a Kennedy en Texas!

A pesar de su aspecto, me imagino que, como casi todo el mundo al recibir la noticia, yo pensé que se trataba de una broma y se lo dije así a Juan José Gurrola; pero Rodríguez Larreta insistió con la misma intensidad.

—No. Es verdad. Yo no haría bromas sobre eso. Asesinaron a Kennedy en Texas.

Para entonces, Antúnez y Head se habían unido a nosotros y los cuatro formamos un asombrado grupo alrededor de Rodríguez Larreta. En ese momento, el portero del hotel, que a pesar de que estábamos hablando en español se dio cuenta del tema de la desordenada conversación, se acercó mecánicamente a nosotros, casi contra su voluntad, y empezó a repetir con los ojos llenos de lágrimas:

—It's true, our President is dead, the President is dead, the President is dead, our President, we don't have any more a President...

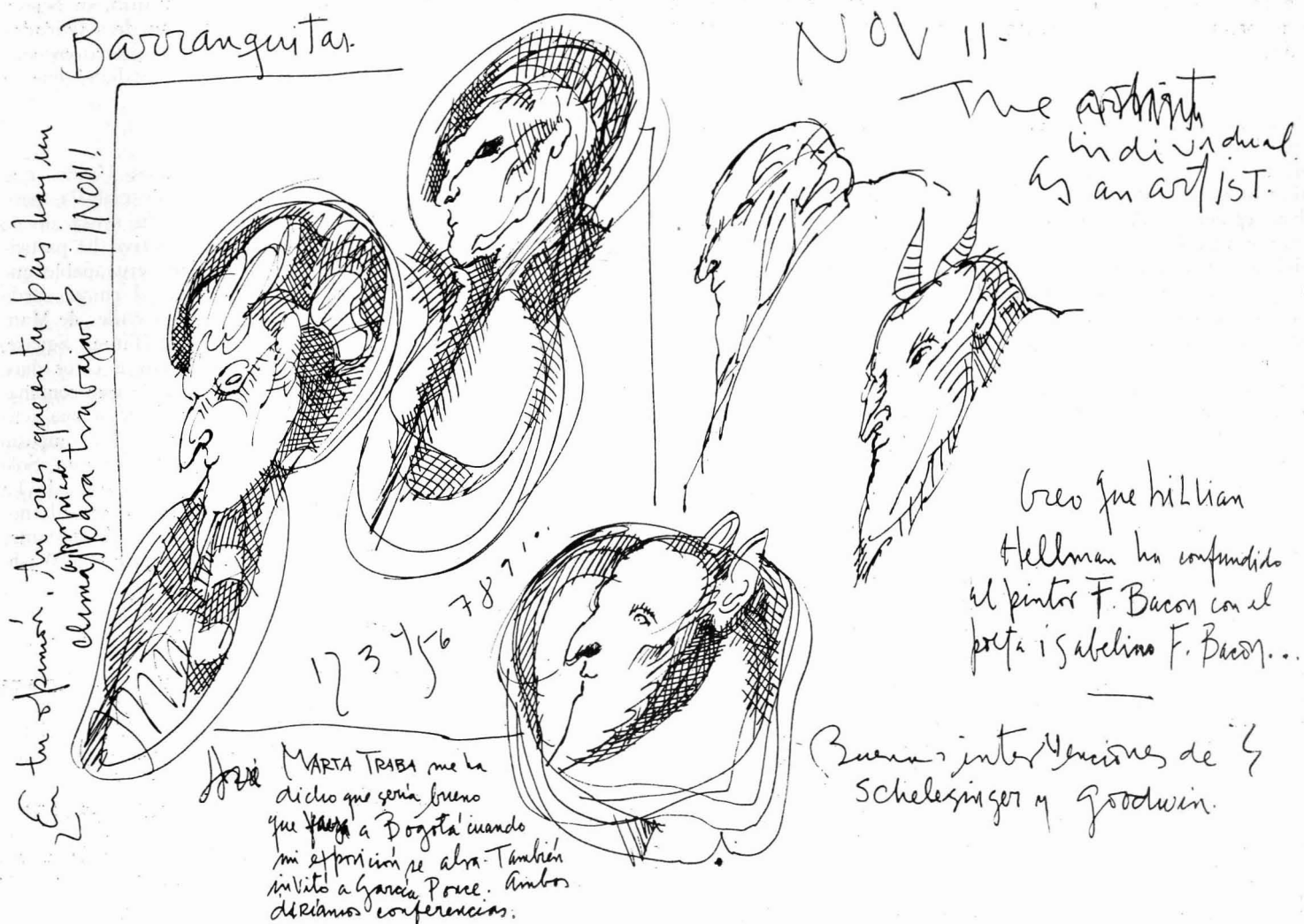
Su acento, el acento dulce y casi cantado de los negros, me pareció particularmente entrañable. Y ésta fue la primera muestra de la extraña solidaridad que se establecería durante los días siguientes. Pero quizás antes de intentar recoger mis impresiones sobre estos días y los tres anteriores, que para nosotros, los participantes del simposio, tienen también un significado muy especial y unidos se han convertido en el núcleo central de todas las experiencias que nos aportó, sería conveniente anotar algo sobre el simposio propiamente dicho, porque me parece que la realidad que éste representa se relaciona de alguna manera con la otra, y hasta me atrevería a suponer que, de una manera invertida, como efecto contrario, arroja alguna luz sobre ella.

La organización y realización del simposio se debe íntegramente a Robert Wool, presidente del *Inter American Committee*, y a sus colaboradores más cercanos. El propósito fue reunir, dentro de un clima de absoluta libertad y de una manera privada, a un grupo de escritores, pintores, editores, economistas, periodistas, intelectuales en general, para que durante seis días, por cuenta del propio *Committee*, cambiaran ideas en una serie de mesas redondas y conversaciones que tendrían lugar en el Hotel Barranquitas, en Puerto Rico. Después, el grupo se trasladaría a Nueva York, donde los organizadores del simposio facilitarían a los participantes la oportunidad de entrar en contacto con gentes relacionadas con su profesión; y finalmente el mismo grupo viajaría a Washington con el objeto de entrevistarse con algunas personalidades del gobierno. Se esperaba también que del simposio salieran algunas sugerencias para enriquecer los planes de intercambio cultural en Latinoamérica misma, y entre Latinoamérica y los Estados Unidos, que el *Inter American Committee* considera como su función principal. Supongo que, para la mayor parte de los participantes, el simposio representaba, como para mí, antes que nada la oportunidad de entrar en contacto directo con un grupo de artistas latinoamericanos y estadounidenses, que de otra manera sólo podríamos conocer a través de sus obras y en muchas ocasiones ni siquiera a través de ellas, dada la reconocida falta de comunicación entre nuestros países. Por otra parte, significaba también la posibilidad de conocer Puerto Rico y Washington, y volver a ver Nueva York.

En estas notas no pretendo recoger todos los acontecimientos del simposio. Por un lado, porque me sería materialmente imposible: no he llevado apuntes, no había ni siquiera proyectado escribir sobre él, y aún ahora no estoy seguro de que pueda hacerlo, atendido como estoy a una serie de recuerdos e impresiones que inevitablemente giran alrededor de ese último acontecimiento principal. Por otro, porque los estatutos del simposio establecen que se conserve la índole privada de las discusiones que tuvieron lugar en él y sólo se hagan declaraciones a título

* Estos apuntes fueron realizados por José Luis Cuevas durante el simposio organizado por el *Inter American Committee*, mientras se desarrollaban las mesas redondas, durante las discusiones o en distintos momentos libres.





personal. Así pues, estas notas no tienen otro propósito que trasladar mis impresiones sobre personas y lugares, antes que sobre ideas, aunque sería imposible evitar que éstas califiquen en cierta forma la naturaleza de esas impresiones.

Un poco arbitrariamente, lo primero que se me ocurre recrear es la imagen que ha dejado en mí Puerto Rico. Nuestras posibilidades de entrar en contacto directo con la Isla estuvieron limitadas por la necesidad de permanecer durante casi todo el tiempo en el aislamiento que implicaba nuestra residencia en el Hotel Barranquitas, situado en la zona montañosa, a dos horas de viaje por carretera de San Juan y a diez minutos del pueblo del mismo nombre. Sin embargo, conté con una afortunada tarde de domingo, espléndidamente perdida en Barranquitas, con dos días completos en San Juan (al principio y al final del simposio), aparte de otras dos noches, y sobre todo con el inmediato contacto con un paisaje, un clima, una fisonomía muy determinados. Este paisaje, este clima, me hizo pensar de inmediato en Yucatán. Luego recordé que había sentido la misma sensación cuando conocí, en distintas ocasiones, Santo Domingo, Cuba y las costas de Colombia y Venezuela. La coincidencia me reveló la veracidad de una idea antigua: entre toda la zona del Caribe existe una especie de comunidad espiritual, creada en parte por las condiciones geográficas similares, pero que estoy seguro que obedece también a motivos más o igualmente profundos, que en cierta forma obliga a establecer cierta similitud entre esta zona y la del Mediterráneo. Muy probablemente, el Caribe es el Mediterráneo de América. En él se encuentra la misma misteriosa y evidente unificación de tipos, de caracteres, además de la de clima y paisaje, que derriba todas las separaciones nacionales y establece una frontera mucho más efectiva, más firme, una frontera que sólo podemos considerar espiritual. Intentar definir en qué consiste esa unidad es imposible para mí; se trata más de una sensación, un sentimiento, que de un concepto apoyado en hechos comprobables; pero este sentimiento se vio fortalecido por las pocas, superficiales, oportunidades que tuve de hablar con los taxistas, los meseros, con algunos jóvenes del pueblo de Barranquitas.

Aunque podría escribirse mucho sobre el triste y aparentemente inevitable destino del idioma español en Puerto Rico, en todas las personas con las que pude cambiar algunas palabras

advertí el mismo afable, directo afán de comunicación, la misma facilidad para establecer una conversación que no descansa en las habituales frases hechas, sino que inmediatamente adquiere ese tono personal que caracteriza a toda la zona del Caribe. En este sentido, recuerdo especialmente dos experiencias: el primer viaje desde San Juan a Barranquitas, que Juan José Gurrola, José Luis Cuevas y yo realizamos por nuestra cuenta en un taxi, en compañía de otros dos pasajeros que se dirigían al mismo lugar; y el baile de un club particular al que algunos de los participantes del simposio fuimos invitados casualmente cuando caminábamos sin rumbo fijo por las calles de Barranquitas. En el viaje en taxi, un chofer y nuestros dos compañeros de ruta empezaron a acosarnos inmediatamente a preguntas. Luego, un poco más en confianza ya, hicieron algunos chistes sobre el matrimonio de Pablo Casals y, más adelante, contestaron con absoluta naturalidad a nuestras preguntas sobre los problemas políticos de Puerto Rico. Sobre este tema, sin que la limitación de los contactos permita extraer ninguna conclusión remotamente justa, no deja de ser interesante señalar que, en su totalidad, las respuestas se inclinaban a la aceptación de Muñoz Marín y el régimen que representa, exclusivamente por admiración a su habilidad política, a su calidad de "hombre fuerte" que ha sabido mantenerse en el poder durante más de veinte años, sin que los juicios pretendieran detenerse en cualquier otra consideración.

De una u otra manera, la cordialidad de nuestros compañeros de viaje, quienes terminaron insistiendo en que por lo menos los acompañáramos a tomar una copa de ron antes de dejarnos en el hotel, correspondió exactamente a la abierta simpatía y la sana curiosidad con la que los participantes del baile en Barranquitas nos invitaron a acompañarlos, simplemente porque desde las ventanas de su club algunos de ellos nos vieron pasar y advirtieron que éramos extranjeros. El contraste de esta actitud con la que, en las mismas condiciones, se encontraría en la mayor parte de los pueblos del centro de México habla por sí solo.

Finalmente, con respecto a San Juan, no deja de ser interesante advertir la rapidez con que se está transformando en una especie de sustituto de la antigua Habana. Durante el último año se han construido no menos de cuatro grandes hoteles, todos ellos con casinos, abundan los cabarets y evidentemente empieza a respirarse ese aire de fiesta artificial que caracteriza a los

centros internacionales de turismo. Quizás esta evolución es la que habla con mayor claridad del desarrollo político de Puerto Rico.

Aislado en las montañas, en medio de un paisaje de tierra alta, que recuerda el de los alrededores de Jalapa, el Hotel Barranquitas me pareció al principio poco acogedor, a pesar de la cordial bienvenida de Bob Wool y su ayudante, Charlie Bergman. En seguida, la apariencia de algunos latinoamericanos, gravemente vestidos, que conversaban con gravedad en los salones del hotel reafirmó esta primera impresión. Me retiré a mi cuarto y empecé a examinar la lista de participantes. En ella, encontré los nombres de antiguos amigos: Marta Traba, de Colombia, Jack Harrison, de Estados Unidos, Miguel Arroyo, de Venezuela... Pero durante los siguientes días de convivencia, acertadamente buscada por los organizadores del simposio, los nombres abstractos que formaban la lista de participantes se transformaron, sin embargo, primero, en una serie de caras conocidas, luego, casi en su totalidad, en un grupo de compañeros y amigos, a los que me sentía unido, independientemente de las inevitables simpatías y diferencias particulares, por la naturaleza de esa experiencia común, sin duda alguna provechosa, que fue en realidad el simposio.

Sería inútil detenerse en las diferencias. Las hubo indudablemente, no sólo en cuestiones de aspecto personal, sino, lo que es mucho más importante, también como resultado de las discusiones sostenidas durante las mesas redondas. Ninguna de ellas deformó, sin embargo, la radical limpieza, la general honestidad del diálogo. Y en la posibilidad misma de este diálogo —no sólo el sostenido en las mesas redondas, sino contando también el que se prolongaba, después de ellas, alrededor de la piscina, en las mesas del comedor, en los distintos salones del hotel— radica la verdadera importancia de la reunión. Se habló del artista como individuo, de su papel en la sociedad y de su posición ante ella; se trataron algunos de los principales problemas nacionales y políticos de Latinoamérica: el militarismo, el desarrollo económico, el sentido de la libre empresa; y se abordó también el conflicto racial, la naturaleza del prejuicio y sus proyecciones y consecuencias. En todo momento el clima de libertad y sinceridad permitió conocer necesidades y problemas, tanto en el terreno artístico, como en el social y político, y opiniones sobre la forma de enfrentarlos y resolverlos. El hecho mismo de que en ningún momento se haya pretendido llegar a un acuerdo general, ni elaborar ningún documento de conclusiones, subraya en cierto sentido la fe en la utilidad intelectual de interrogar e interrogarse, de plantear los problemas aun sin la esperanza de llegar a una respuesta inmediata, pero poniéndose en el camino de ella por el mero hecho de trasladarlos a un terreno lúcido y racional.

Seis días después, en el avión que llevaba a la mayor parte de los integrantes del grupo a Nueva York, la conciencia de este logro indiscutible estaba unida a la sensación de un enriquecimiento personal, producido no sólo por esa realidad, sino también por las nuevas relaciones que todos habíamos tenido oportunidad de establecer.

En Idlewild, el grupo empezó a dispersarse. Nos despedimos de la mayor parte de los integrantes de la delegación americana. Todavía veríamos unas cuantas veces más en el mismo Nueva York a Lillian Hellman, a Norman Podhoretz, a Robert Rossen, Thomas Messer, David Drew Zingg, Richard Morse, y en Washington volveríamos a encontrar a Dick Goodwin, Ted Yates y Arthur Schlesinger; pero Bill Styron volvía a seguir trabajando en su nueva novela en su casa de Connecticut, Jack Harrison había regresado directamente a Texas para reincorporarse a su universidad y James Baldwin decidió quedarse unos días más en San Juan, para reescribir el tercer acto de su primera obra de teatro. Ahora recuerdo con agrado la agresiva cordialidad de Podhoretz y su magnífico sentido del humor, la espléndida comprensión y la simpatía de Lillian Hellman, la sinceridad y el calor humano de Styron, la aguda franqueza y la clara profundidad de Dick Goodwin. Sería ridículo, además de imposible, intentar encerrarlos en los límites de unos cuantos adjetivos; pero es indudable que su participación en el simposio no sólo fue muy brillante, sino que contribuyó notablemente a crear un tono, una medida, en la que el humor hacía parecer imposible cualquier falsa gravedad y la opinión personal, directa, anulaba la vaguedad de las generalizaciones abstractas.

En el mismo sentido, recuerdo también la presencia clara, apoyada más en silencios significativos que en intervenciones inútiles de Miguel Arroyo y de Martín Gonçalves, la sensibilidad de Marta Traba, la nerviosa intensidad de Fernando de

Szyslo. Después de esos seis días de trato continuo, en Nueva York íbamos a estar más separados, pues el plan de actividades tenía un carácter más independiente; pero cada nuevo encuentro permitía reanudar de inmediato los lazos cordiales que se habían establecido durante el simposio.

Nueva York es la única ciudad de los Estados Unidos que conozco verdaderamente. No sería capaz de describirla, pero en todas las ocasiones en que he vuelto a ella, la sensación de regresar a un sitio conocido, en cuya vida colectiva he participado, me hace experimentarla de esa manera entrañable que produce el reconocimiento. El olor del subway, el rumor sordo y apagado del tráfico, la aburrida simetría de las calles de Manhattan, la especial vulgaridad de Broadway y Times Square, la presencia intangible de los ríos, me regresan a otros días, otros momentos. En esta ocasión, la conciencia de que contábamos nada más con unos cuantos días nos precipitó a una actividad febril. En medio de ella, la experiencia del simposio quedó relegada momentáneamente a un segundo término. Sólo el reencuentro con los participantes en el aeropuerto de La Guardia, para dirigirnos a Washington, volvió a recordarnos su realidad. Sin embargo, el grupo se había reducido bastante; de los cincuenta invitados, sólo unos quince viajamos a Washington.

En Washington, Bob Wool nos había preparado un programa de actividades que posteriormente adquiriría un doble sentido y en cierta forma, como ya he dicho, se convertiría en el núcleo central sobre el que giran todas las demás experiencias del viaje.

Gracias al *Inter American Committee*, al día siguiente de nuestra llegada, o sea el miércoles 20 de noviembre, tuvimos oportunidad de entrevistarnos con Lucius Battle, director de cultura en el Departamento de Estado, con el procurador general de Justicia Robert Kennedy, con el senador Humphrey y con el presidente Kennedy, que al día siguiente saldría de gira a Texas.

La entrevista con el director de cultura, Mr. Battle, se desarrolló dentro del mismo clima de libertad y cordial interés característico del simposio. Algunos de los participantes expusieron sus opiniones sobre la necesidad de hacer más efectivo y directo el intercambio cultural entre Estados Unidos y Latinoamérica y comentaron abiertamente algunas deficiencias características del funcionamiento de las embajadas americanas.

Después, con el senador Humphrey y Robert Kennedy, el diálogo tocaría problemas más inmediatos y provocaría reacciones más fuertes.

El senador Humphrey nos recibió en una de las oficinas privadas del Capitolio. Cuando empezábamos a instalarnos, una vez pasadas las presentaciones, sonó un timbre y el senador nos pidió que lo excusáramos un momento: se estaba votando en ese instante el otorgamiento de un crédito de ayuda y él tenía que participar en la votación, pues ésta se presentaba difícil. Regresó poco después y explicó que no se había resuelto nada todavía. Iniciamos la entrevista y otra vez volvió a interrumpirnos el timbre. El senador salió de nuevo. Al regresar nos anunció: "Perdimos la votación porque uno de nuestros senadores decidió tomar una ducha en este momento y no estuvo presente. ¡Los efectos de la limpieza!"

De ahí en adelante, la conversación se desarrolló sin interrupciones, pero poco a poco fue tomando características de monólogo. El tema fundamental fue, naturalmente, la Alianza para el Progreso. Humphrey ha realizado varias giras por Latinoamérica y tiene un conocimiento bastante directo de sus problemas. Además, es un político experimentado y sus métodos de exposición siguen una línea cuidadosamente prevista. Al principio empezó hablando con absoluta sinceridad y con una verdadera preocupación por el tema. Sin embargo, desanimado quizás por la sumisión que revelaban la mayor parte de nuestras intervenciones, fue cambiando de tono y terminó obligándonos a escuchar casi un sermón sobre nuestras propias condiciones. Quizás mi personal indiferencia ante el destino de la Alianza, unida a una especie de desconfianza hacia ese tipo de entrevistas me impidió intervenir. Por su parte, Jaime García Terrés comentó al salir que no había hablado porque el tono que habían establecido algunos de los delegados hacía inútil ya toda intervención. Así, sólo Juan José Gurrola tomó la palabra para decirle al senador que no estaba de acuerdo con él y en general los mexicanos no querían esa clase de ayuda con características casi de limosna. Y Fernando de Szyslo (del

Perú) subrayó la poca efectividad de los programas patrocinados por la Alianza.

Curiosamente, la opinión expuesta por el senador Humphrey al principio de la conversación coincidía en más de un sentido con la posición de Brasil durante la última reunión de la Alianza: no se trata de dar o solicitar dinero en términos de ayuda, sino de crear las condiciones propicias para hacer posible un libre intercambio de acuerdo con las necesidades de cada país. Por desgracia, como lo comprobaríamos más o menos abiertamente en nuestra entrevista al día siguiente con Moscoso, esta posibilidad parece todavía demasiado remota.

Sin embargo, es indudable que con Humphrey volvimos a encontrar la mejor voluntad por entablar un diálogo directo y libre. Su sinceridad, por encima de todos los matices que por momentos hacen pensar en el político profesional, fue indiscutible y sólo a nosotros puede culparse del fracaso parcial de la entrevista.

Antes, habíamos estado ya con Robert Kennedy, al que vimos menos de dos horas después de haber estado con su hermano en la Casa Blanca. Nos recibió en su oficina, un despacho enorme, profusamente decorado con los objetos más diversos:

desde el casco abollado de un policía militar golpeado en el Sur, hasta un tigre disecado, obsequio del Procurador de Justicia de un país de Asia. Entre ellos, muchos cuadros, dibujos de sus hijos, un enorme pez espada pescado en México, la reproducción del barco donde perdió la vida su hermano mayor durante la II Guerra Mundial.

Al principio, Robert Kennedy se limitó a escuchar con la cabeza apoyada en las manos, haciendo tan sólo breves signos de asentimiento con ella, la exposición que Bob Wool hizo del programa desarrollado durante el simposio. Mientras lo miraba, pensé por un momento que la entrevista iba a ser muy desagradable. Las líneas de su rostro revelaban un claro cansancio y hasta quizás un poco de impaciencia. Sin embargo, era una cara muy agradable; joven y madura al mismo tiempo, revelaba las señales que deja la responsabilidad, pero también las de la decisión y la firmeza y tal vez también un ligero exceso de confianza, más que en sí mismo, en sus ideales. Pero a pesar de esa primera impresión, la entrevista se desarrolló con toda facilidad y dentro de un clima muy agradable. Szyslo y García Terrés empezaron a hablar de la arbitrariedad con que se niegan visas para entrar a los Estados Unidos a algunos intelectuales.



tuales. Él admitió que ésa era una responsabilidad suya y aseguró que se había cambiado de política en ese sentido. Por esto, pedía que se citaran casos concretos. Se le mencionaron y prometió, con la misma intensidad con que antes había solicitado información directa, que se tomarían las medidas necesarias para evitar ese absurdo en el futuro.

—Como ustedes comprenderán —comentó finalmente—, si Jrushov ha entrado en este país, puede entrar cualquiera —y luego, agregó, sonriendo— ... a no ser que venga a dispararle a mi hermano.

Todos nos reímos.

García Terrés elogió la atmósfera de libre y franca discusión que había prevalecido en nuestros diálogos y en general se respiraba en todos los medios intelectuales de Estados Unidos, para contraponerla a la imagen que se tiene de Estados Unidos en el extranjero, culpando de esta situación principalmente a los propios funcionarios americanos del Servicio Exterior, que parecen empeñarse en negar esa atmósfera de libertad al reducir su actividad a la difusión de propaganda barata y siempre contraproducente o a ejercer presiones definitivas sobre la prensa de latinoamérica, creando esa sensación de opresión y pobreza intelectual.

Robert Kennedy admitió la importancia de este problema, cuya complejidad hace difícil su solución, mencionó también la facilidad con que la prensa latinoamericana acepta o aun solicita esas presiones.

Se habló después de la Alianza para el Progreso, sobre la que él dijo que tenía poca ingerencia, aunque le interesaba mucho y le gustaría hacer algo para que funcionara más efectivamente, y por último se tocó el tema de la Ley de Derechos Civiles y el problema del racismo. Robert Kennedy empezó a hablar entonces de la ley y los problemas que tenía que enfrentar, con la intensidad y la preocupación con que se aborda un grave problema personal. Mencionó la oposición que ésta había encontrado en el Congreso y expuso con absoluta claridad las dificultades que habría que vencer para que pasara antes del fin de año y para hacerla efectiva. En ese momento, era imposible dejar de admirar su decisión, la franqueza con que abordaba el problema, el profundo sentido de justicia que parecía animar sus propósitos, y sobre todo la intensidad con que la prolongación de ese estado de injusticia se convertía en un verdadero problema moral, que le afectaba como funcionario y como in-

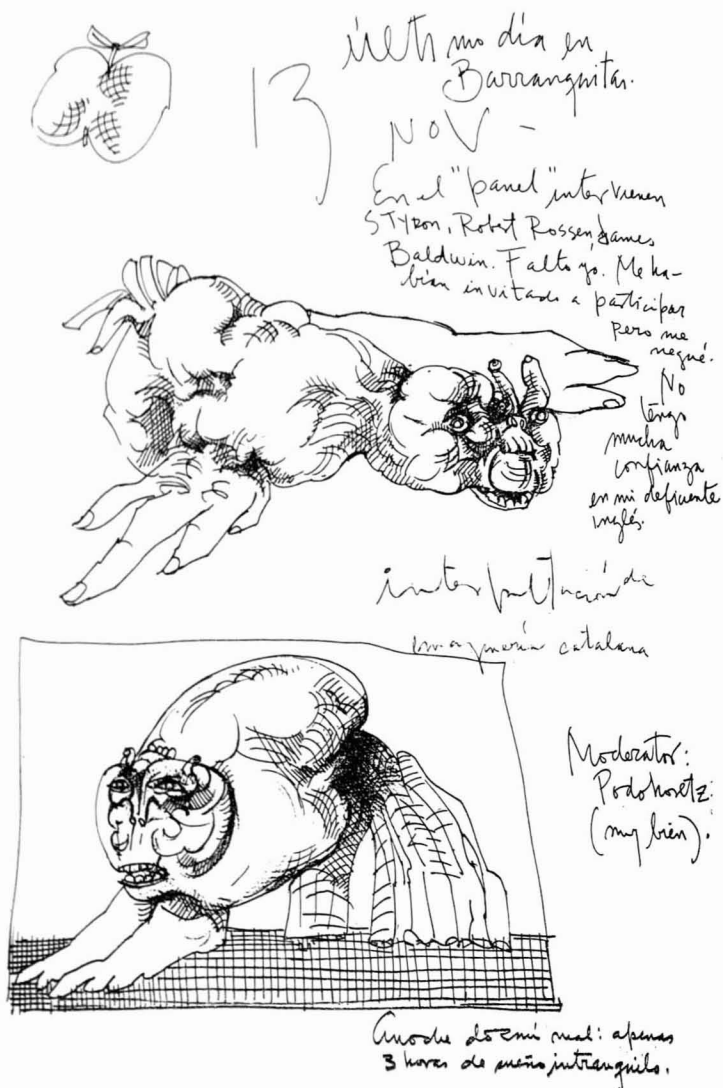
dividuo. En este sentido, toda la personalidad de Robert Kennedy parece descansar sobre esa admirable capacidad para abordar los problemas de su cargo de una manera personal, humana antes que nada, proyectando la naturaleza de sus deberes hacia ese terreno íntimo, en el que la responsabilidad descansa simultáneamente en la inteligencia, la lucidez y la pasión.

Durante nuestra entrevista con el presidente Kennedy, también él mencionó en algún momento las dificultades con el Senado, quizás en relación con la Alianza para el Progreso, no lo recuerdo bien. Como ya he dicho, la entrevista duró aproximadamente cuarenta y cinco minutos. El proyecto original señalaba nada más que tendríamos la oportunidad de saludarlo, pero la conversación se prolongó más de lo esperado. Nos recibió en *The Rose Garden*, uno de los jardines interiores de la Casa Blanca, y después de conversar con nosotros unos minutos, nos pasó a su despacho. Desde el primer momento, su presencia me impresionó más de lo que esperaba. Cordial, elegante, más alto, más joven y más guapo de lo que suponía, durante nuestra conversación repitió innumerables veces un mismo gesto nervioso de una manera instintiva: sacarse los lentes del bolsillo superior del saco, abrirlos un instante y volverlos a guardar, sin llegar nunca a ponérselos; en cierta forma este gesto era la única demostración exterior que llevaba a recordar el peso de su cargo.

Es difícil separar ahora lo que sentí y pensé durante la entrevista de lo que me han hecho sentir y pensar los acontecimientos posteriores. Entonces, Kennedy era, si puede decirse así, simplemente el presidente de los Estados Unidos; ahora, indudablemente, es mucho más que eso, es un símbolo, cuyo significado último es tal vez imposible desentrañar todavía, pero que en una u otra dirección tendrá una importancia decisiva. Quizás ahora exageremos o deformemos las esperanzas depositadas en él y en lo que representaba, quizás tendamos a olvidar las desilusiones y a acentuar sus cualidades; éste es de todos modos el destino de los héroes, de las figuras predestinadas a trascenderse y permanecer más allá de sí mismas. Probablemente por esto, ahora puede hablarse en relación con él de una forma de belleza. No soy un comentarista político, ni me obsesiona fundamentalmente este aspecto de las relaciones humanas y así puedo decir que me parece particularmente sugestiva, antes que nada, esa transformación repentina de figura concreta a imagen mítica. Pero además, durante la entrevista, es indudable que su personalidad nos impresionó favorablemente a todos. No puede decirse que ninguna de sus preguntas y respuestas tuvieran un significado especial o particularmente profundo e inesperado. Se trataba antes que nada de una visita de cortesía, no de una entrevista de prensa, y Kennedy se limitó a conversar de una manera extraoficial, sin intentar detenerse en ninguno de los temas, ni pretender profundizar en ellos. Sin embargo, su naturalidad, su misma juventud, su poder de sugestión, la ausencia del más mínimo rasgo del político profesional en su trato, la fácil elegancia con que parecía llevar la dignidad de su puesto, llevaban a pensar de una manera natural en la posibilidad efectiva de ese nuevo rumbo que él intentaba convertir en la característica fundamental de su posición política. Por otra parte, en el simposio, nosotros habíamos estado en contacto con algunos de sus colaboradores —Goodwin, Schlesinger— y la impresión que ellos nos produjeron, unida a la que unas horas después nos produciría Robert Kennedy, parecía estar totalmente de acuerdo con la figura del presidente y permitía suponer la posibilidad de un equipo distinto, más abierto a la comunicación, más dispuesto a aceptar la necesidad de ciertos cambios, y sobre todo, con la capacidad indispensable para realizarlos.

Al día siguiente, la entrevista con Moscoso, nos trasladaría al plano de la ambigüedad política. Hábil, experimentado en el peor sentido de la palabra, dueño de una información estadística y abstracta sobre Latinoamérica, muy superior a la meramente incidental de cualquiera de nosotros, pero negándose por completo a enfrentar su verdadera realidad y la naturaleza de sus necesidades, logró responder a casi todas nuestras preguntas con otra pregunta dirigida a nosotros, pidiéndonos una información evidentemente innecesaria para él, en lugar de proporcionárnosla y trato de evitar toda discusión en un terreno concreto. Su posición es muy claramente la de tantos otros políticos ahora "profesionales" que, a partir de una posición izquierdista adoptada alrededor de 1930, han evolucionado hacia el centro y se encuentran hoy más o menos en la derecha, y en cierta forma, explica su fijación en figuras como la de Rómulo Betancourt y su absoluto alejamiento de la realidad de América Latina.

Menos de veinticuatro horas después de esta última entrevista, la noticia —"Asesinaron a Kennedy en Texas"— cambiaría el sentido de todas esas experiencias. Todavía la noche an-





terior, Gurrola, García Terrés y yo, habíamos cenado en casa de Ted Yates con Dick Goodwin, el senador Ted Kennedy, hermano menor del presidente, y el comentarista de la NBC David Bringley, cuya figura veríamos continuamente en la televisión durante los tres días siguientes. Algunos de los principales temas de discusión durante los días anteriores habían sido abordados y Jaime García Terrés y yo tuvimos una larga discusión de sobremesa con Ted Kennedy, Goodwin, Bringley y Martin Abronsky, sobre la intervención y algunos otros puntos de la política exterior norteamericana. Ahora, de pronto, todo eso parecía remoto e irreal. Antúñez, Head, Gurrola y yo nos precipitamos al cuarto del primero para ver confirmada la noticia en la televisión. Sin darnos cuenta, estuvimos pegados a ella más de una hora, olvidando por completo que teníamos que tomar el avión de regreso a Nueva York. La sensación general era que había ocurrido una catástrofe irremediable, en cuyas consecuencias no queríamos ni podíamos pensar. De pronto, todo el sentido general del orden de una nación parecía haberse roto para siempre. La noticia era irreal, increíble; pero todo era igualmente irreal: mi presencia ahí, en Washington, el hecho de que había conocido a Kennedy apenas

dos días antes, la sensación de que era extranjero y, sin embargo, estaba reaccionando de la misma manera que Head, con una mezcla de inquietud, angustia, incredulidad y miedo, no sólo por mí mismo, sino por el país en general. Desde afuera, llegaba de vez en cuando el sonido de distintas sirenas, que parecían aumentar la sensación de catástrofe o anunciar otra peor aún. Todo parecía posible en esos momentos. Permanecer en el cuarto era una tortura; pero también era imposible dejarlo. En el pasillo, cuando logramos convencernos de que teníamos que salir para Nueva York, y Gurrola y yo salimos para terminar de empacar y recoger las maletas, encontramos a una sirvienta y un mozo negros que lloraban mientras sacaban las sábanas sucias y recogían las bandejas con restos de comida de los cuartos. Bajamos al vestíbulo para descubrir que todos los huéspedes del hotel parecían estarlo dejando al mismo tiempo, y los empleados ni siquiera se ocuparon de preguntarnos si habíamos pagado la cuenta.

En la calle, las banderas estaban ya a media asta y la apariencia de normalidad se veía rota por cada una de las personas que encontramos llorando y por esa emoción particular, comunicada de una manera inexplicable, que produce el conocimiento de

que todos están experimentando sensaciones parecidas y al hacerlo forman parte de una unidad indestructible. Alrededor de la Casa Blanca se había reunido ya una gran cantidad de gente, que esperaba sin ningún propósito determinado, mirando simplemente hacia ella. No sé por qué, esta imagen me hizo recordar una de las novelas de Faulkner, en la que describe la concentración casi inconsciente de los habitantes de un pueblo que esperan un acontecimiento, alrededor de la cárcel, que es el lugar en el que éste debe ocurrir.

El tráfico estaba en un estado de absoluto desorden y tardamos casi una hora en llegar al aeropuerto; pero ahí el desorden, o por lo menos la apariencia de desorden, era verdaderamente indescriptible, como si de pronto todo el mundo hubiera decidido que quería estar en otro lado. Sin embargo, salían aviones para Nueva York cada veinte minutos y pudimos abordar uno antes de media hora. Ya en Nueva York, en el camino hacia Manhattan, supimos que habían detenido al posible autor del atentado. Sin embargo, las noticias eran muy inciertas todavía. Tom Head empezó a hablar con el taxista y los dos coincidían en que se trataba de un fanático que había actuado por cuenta propia, pero que muy probablemente era un racista, alguien de derecha.

Durante los dos días siguientes, en Nueva York, caminé un poco por la ciudad de luto. La mayor parte de los aparadores mostraban el retrato del presidente Kennedy. Todavía el domingo la ciudad entera parecía cambiada por el suceso. Ese mismo domingo, Charlie Bergman me pidió que lo acompañara al servicio en memoria del presidente en la Iglesia Unitaria, a la que él pertenece. Aunque no pude evitar que la mezcla de

ceremonia civil y religiosa característica de esos servicios, con su continua invocación de una fe que ya nadie parece tener, me pareciera ridícula, me impresionó la valentía con que el encargado del sermón se propuso hacer ver el asesinato del presidente Kennedy como el producto exclusivo de la irracionalidad y la violencia existentes dentro de los mismos Estados Unidos, subrayando la gravedad de la situación actual en el Sur.

El sábado, en la casa de Bob Wool, habíamos vuelto a reunirnos con él, Charlie Bergman y Tom Head, los pocos latinoamericanos participantes del simposio que todavía estábamos en Nueva York. Para entonces, todos los acontecimientos de éste parecían extraordinariamente lejanos y, en cierto forma, carentes de sentido. Sin embargo, no pude dejar de pensar, como lo pienso ahora, que, independientemente de todas las interpretaciones sobre el asesinato del presidente Kennedy que ya circulan y que circularán mucho más todavía sin que quizás lleguemos a saber nunca la verdad sobre él, y guardando además la indispensable distancia sobre la importancia de los dos sucesos, esos días de esfuerzos por lograr una comunicación real en un plano lúcido y racional, sin abandonar jamás el terreno de la inteligencia y la razón, representan al mundo diametralmente opuesto al que hizo posible que se concibiera y realizara el atentado contra Kennedy.

Por lo demás, durante esos dos días y medio en Nueva York, me dediqué casi por completo a seguir por la televisión el igualmente increíble desarrollo posterior de los acontecimientos, el velorio y la ceremonia del entierro. Con toda su pompa y la indudable emoción que proyectaba, ésta parecía singularmente absurda, pobre y carente de sentido frente al recuerdo del presidente vivo.

